

CUCA CANALS

DAN QUIJOTE

Un monstruo en el parque eólico



DAN QUIJOTE

CUCA CANALS

DAN QUIJOTE

Un monstruo en el parque eólico

edebé

© Cuca Canals, 2026

© Edición: Edebé, 2026
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
edebé.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Coordinación de la producción: Elisenda Vergés-Bo
Diseño: Book & Look
© Ilustración de cubiertas: Eva Iglesias Bilbao

1.ª edición, abril 2026

ISBN: 978-84-683-7761-2
Depósito legal: B. 2339-2026
Impreso en España
Printed in Spain



PEFC/14-38-00352

PEFC Certificado

Este producto
procede de bosques
gestionados de forma
sostenible y fuentes
controladas

www.pefc.es

Queda terminantemente prohibido cualquier uso de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa. El autor y el editor se reservan todos los derechos de licencia de uso de esta obra para dicho fin y para el desarrollo de modelos lingüísticos de aprendizaje automático.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 05).

*Dedicado a Miguel de Cervantes,
y a su inspirador personaje
don Quijote de la Mancha.*

«La imaginación es más
importante que el conocimiento.
El conocimiento es limitado,
mientras que la imaginación no».

ALBERT EINSTEIN

AGRADECIMIENTOS:

A José Castro, por la parte gráfica y mucho más.

A Bruno Canals y a Pablo Sambola,
por sus valiosas aportaciones.

A la doctora María Pérez Hervada,
por su asesoramiento médico.

A Reina Duarte y a todo el equipo de Edebé,
por su entusiasmo.

A Carina Pons y a la Agencia Balcells.

*A todos los que leen una novela
de DAN QUIJOTE por primera vez...*



Dan Quijote es el mote que recibió Daniel Quijada poco tiempo después de empezar esta historia. Por aquel entonces, acababa de cumplir once años y lo que más le gustaba en el mundo era jugar con su consola sentado en el asiento reclinable de su amplia habitación. Tanto es así que lo llamaba el sofá de la felicidad. Se podía pasar todo el fin de semana sin salir de su cuarto. Su juego favorito era *Black*. Su protagonista, el capitán John Black, luchaba a favor de los más desfavorecidos en la ciudad de Gauland. Daniel estaba a media partida de su videojuego cuando su vida cambió radicalmente. Se produjo un inesperado incendio en su casa. Su familia lo perdió todo, incluido el negocio del padre, una panadería situada en la planta de abajo. Él y sus padres estuvieron a punto de morir. Los tres salieron vivos de milagro, aunque su madre, Camila Loren, policía de profesión, sufrió un ataque al corazón. Al llegar al hospital perdió el conocimiento y le indujeron

un coma. Parecía dormida. Estaba ingresada en una clínica pero su futuro era incierto. Nadie sabía si despertaría.

Tras ese incendio, Daniel y su padre se trasladaron a Viento, un pequeño pueblo donde se vieron obligados a empezar de cero. Daniel supo, desde el primer momento, que iba a echar de menos su vida anterior con su madre, pero también su consola y el juego protagonizado por John Black, ya que su padre no tenía dinero como para comprarle una nueva. Aburrido sin sus videojuegos, Daniel se distraía con todo lo que tenía a su alrededor, por ejemplo, observando las manchas de las paredes de su nuevo colegio en Viento, un edificio destartalado. Si las miraba fijamente, se convertían en caras. Su profesora Natalia se percató de que era un chico muy imaginativo y empezó a llamarlo Dan Quijote de la Mancha, inspirándose en el nombre del protagonista de la novela de Miguel de Cervantes. Así, a partir de ese momento, pasó a ser conocido como Dan Quijote o Dan Quijote de la Mancha, por ser un chico excepcionalmente ingenioso y por su fascinación por las manchas de tinta. Cuando Daniel descubrió que el don Quijote de la Mancha «original» era un

justiciero y, en cierta manera, un héroe, decidió imitarlo y trabajar por un mundo mejor. Su imaginación se convirtió en un superpoder. Y, por supuesto, también se inspiró en John Black, que, desde entonces, se le aparecía en persona para aconsejarle. Eso sí, solo Daniel podía verlo. Sara Pineda, una compañera de clase a la que llamaban Sara Panza por su sobrepeso, se convirtió en su ayudante.

Gracias a la imaginación, Dan empezó a comportarse de manera diferente. A relacionarse con sus padres de forma diferente. A divertirse con sus amigos de una forma diferente. A aprender en la escuela de una forma diferente. Incluso a comer o a dar pasos de forma diferente. Por ejemplo, para cada día de la semana, elegía una forma distinta de andar con el objetivo de que ir a la escuela fuera más divertido. Así caminaba:

En zigzag.



En bucle.



Haciendo ondas.



Dando zancadas.



Con paso militar.



Pasos intermitentes.



Eso sí, en más de una ocasión tropezó, porque si había una cualidad que Daniel no tenía, era la de ser ágil.

El caso es que la imaginación pasó a ser una compañera inseparable en la vida de Daniel. Gracias a ella, y también a la ayuda de Sara Panza, Dan Quijote ya ha resuelto dos apasionantes

UN MONSTRUO EN EL PARQUE EÓLICO

casos en los que, además de vivir todo tipo de peripecias, ha puesto su vida en peligro.

Mientras tanto, continúa esperando que su madre, ahora ingresada en una clínica para enfermos de media y larga estancia, se despierte algún día. Nunca perderá la esperanza de que eso suceda.

A continuación, pasamos a relatar su tercera aventura.



CAPÍTULO



1



UNA PISTOLA EN EL BAÑO

Dan no daba crédito a lo que estaba sucediendo. Se acercó más a la cama donde yacía su madre, Camila Loren, en la Clínica de la Convalecencia Sur, un edificio dedicado a pacientes de media y larga estancia. ¿Acaso estaba recobrando la conciencia? Era una noticia extraordinaria después de permanecer varias semanas en coma. Los ojos de Daniel Quijada, grandes y expresivos, se abrieron más al ver que su madre también estaba intentando abrir los suyos.

—Mami, ¿estás despierta? —le preguntó excitado—. ¡Di que sí!

Curiosamente, todo se debió a la torpeza del hijo, cuando unos minutos antes intentó darle un cariñoso beso. Para ello tuvo que ladear su cuerpo delgaducho y, de esta forma, sortear

su cabeza entre los tubos y cables a los que estaba conectada. Así, consiguió besar a su madre en la frente, pero, al separarse de ella, se desequilibró. Intentó agarrarse a la mesa demasiado tarde. Varias bandejas metálicas, el portasueros y otros instrumentos cayeron al suelo. El ruido fue estrepitoso. Dan, avergonzado por el desastre que había causado, se quería morir. Se incorporó al tiempo que recogía una de las bandejas. Coincidiendo con todo ese alboroto, el electrocardiograma empezó a subir y a bajar con intensidad. Camila Loren abrió los ojos y parpadeó dos veces.

—Mami, ¿estás despierta? —repitió Dan incrédulo.

Dos enfermeras entraron en la habitación alertadas por el estruendo de los objetos que habían caído al suelo. A continuación, llegó la doctora Tura, a la que llamaban «Jeringuilla» por lo delgada y alta que era.

—¡Ha sido mi culpa! —masculló Daniel mientras se tocaba su nariz puntiaguda—. He tropezado. ¿Se va a morir?

—Tienes que salir de aquí —le ordenó la doctora, mientras daba indicaciones a otra médica, que traía una máquina de reanimación—. ¡Rápido!

El chico se reunió con su padre en el pasillo, sintiéndose culpable. ¿Y si su madre se moría por su torpeza? Durante unas décimas de segundo le pareció ver a un hombre con las patillas amarillas. Pero pensó que se lo había imaginado, porque instantes después ya había desaparecido. Mientras su padre optaba por ir a la cafetería a por un refresco, él fue al baño de caballeros para lavarse la cara e intentar tranquilizarse.

Al entrar, oyó que alguien se apresuraba a encerrarse en uno de los cubículos. Esperó a escuchar el ruido de levantar la tapa del inodoro y se encogió de hombros, diciéndose que cuando hay una urgencia... Se miró en el espejo durante unos segundos. Estaba blanco como la nieve y su pelo, abundante y rojizo, más revuelto que nunca. De repente, encima del lavamanos de al lado vio una pistola. El corazón de Dan se puso a latir descontroladamente. ¿Qué hacía ahí esa arma? Aterrorizado, y a la vez atraído por ese

objeto, alargó la mano para tocarla con los dedos. Muerto de miedo, pensó que era mejor coger el arma y dársela a la policía. Estaba agarrándola por la empuñadura, como quien sostiene una rata por el rabo, cuando oyó otro ruido a su espalda. Sin duda el dueño de la pistola trataría de recuperarla. ¿Y si era el hombre de las patillas amarillas que había visto en el pasillo? Le entró el pánico. Notó que todo su cuerpo temblaba. ¿Y si la pistola se disparaba sola? Fuera de sí, empezó a gritar.

Segundos después, un celador irrumpió en el lavabo y se quedó boquiabierto al ver a un chico quillo empuñando un arma.

—Suelta eso, te puedes hacer muchísimo daño... —El hombre intentaba parecer calmado, le hablaba pausadamente.

Otras dos enfermeras, alertadas por los gritos, se asomaron al recinto y por suerte reconocieron a Daniel desde la puerta.

—Es el hijo de Camila —indicó la más joven.

—Dame esa pistola —insistió el celador.

En ese instante, llegó Leandro, el padre de Daniel, seguido de un guardia de seguridad.

—Ha sido horrible, papá.

—Tranquilo, Daniel... —Su padre avanzó dos pasos hacia él.

—Creo que el propietario de la pistola está en ese retrete —balbuceó señalando la puerta del lavabo cerrado.

—Entrégamela —le espetó el guardia de seguridad al tiempo que se acercaba al chico.

Cogió el arma con sumo cuidado y Daniel se abalanzó sobre su padre, ávido de encontrar su consuelo.

—¿Estás bien, hijo? —preguntó Leandro.

—Sí... —dijo, aunque se le escapaban las lágrimas.

El guardia de seguridad se acercó al retrete que le había indicado Daniel. Trató de abrir y, tras comprobar que estaba cerrado por dentro, le propinó una contundente patada. La tensión era enorme.